

## A LOS VEINTE AÑOS

---

**N**o me hablen á mí de la vida regocijada de los estudiantes y de los artistas: los locos de atar son los oficiales recién salidos de la Academia durante los primeros meses de vida en el regimiento. No hay situación más apropiada para la alegría y las locuras tratándose de un muchacho de veinte años. Aquel salto desde el colegio á la libertad, del machete á la espada, y del refectorio al restaurant; los primeros goces del mando, el ajuar nuevo, la ordenanza, los nuevos amigos, los superiores bondadosos... en curso de experimento, y aquella idea vaga é indefinida de morir el mejor día en mitad de un campo, alcanzados en medio de la frente por una bala que ni tiempo deja para decir: *non dolet*; cosas son que le tienen á uno en estado de continua embriaguez como á los esposos enamorados. Cierto que esta especie de «luna de miel» del oficial dura poco: menos acaso que la otra; pero no por esto es menos deliciosa. ¡Cuántos coronales cubiertos de cruces y atiborrados de doblones darían la antigüedad de una página del escalafón para disfrutar durante un año de aquel dichoso carnaval!

¡Oh días, oh plácidas  
noches, transcurridas  
entre alegrías y bromas  
jamás interrumpidas!

Gozando cabal salud, robustos como toros, osados como aventureros, libres de cuidados, siempre arruinados, siempre hambrientos, y contentos siempre, viéndonos se habría dicho que todos estábamos convencidos de ser generales á los treinta años. ¡Qué alegre vida aquella! Comparada con la nuestra, la risa de los capitanes y de los comandantes era un melancólico sonris de enfermo valetudinario, una tos de tísico respecto de nuestras explosiones de hilaridad, que reventaban por los asientos de las sillas y hacían retemblar los techos y las paredes de nuestra casa. Siete éramos, destinados todos á la misma brigada, de guarnición en una de las ciudades más bellas de Sicilia, y acabados de salir de la gran fábrica militar de Módena. De ellos, tres habíamos ido juntos desde Turín, con un viaje lleno de peripecias. Baste saber que habiendo salido de casa con el dinero justo para el viaje, y con la seguridad de ir desde Génova á Sicilia, y obligados en cambio á detenernos en Nápoles, porque á consecuencia del cólera no salían vapores, y con la expectativa de tener que hacer cuarentena en Palermo á nuestras expensas, pasamos diez interminables días en la bella Partenope viviendo de pu-ros y sen-ci-llos ma-ca-rro-nes, que íbamos á devorar en un restaurant titulado la *Ciudad de Turín*, en el fondo de un cuchitril secreto, reservado á los vergonzantes y á los que sufrían persecución por la justicia. En cambio, apenas agregados al regimiento comenzó la gran vida. Encontrámonos los siete nuevos, y ya en el segundo día tuvo uno de ellos una idea verdaderamente feliz. Fué ésta la de vivir juntos haciendo mesa común. En cuanto fué propuesta fué aceptada. Alquilamos una gazapera compuesta de siete gabinetillos y una cocina; hicimos dispensar del servicio un asistente cocinero, cada cual se instaló en su cubil como mejor supo ó pudo, colocóse un reloj en la pieza destinada á comedor, y adelante con los faroles.

Lo que tenía aquella casa de singular no puede decirse. Participaba de fonda, de cuartel y de manicomio. De ello puede

formarse idea con sólo considerar que se albergaban en ella siete oficiales de veinte años, siete asistentes de veintidós, de ellos un toscano, un lombardo, dos piemonteses y tres napolitanos, es decir, catorce personas en siete cuchitriles tamaños como cáscaras de nuez, todas en movimiento continuo de la noche á la mañana como almas en pena. Iba uno á «montar la guardia;» el otro volvía de hacerla, después de veinticuatro horas de ausencia; tres regresaban del ejercicio, dos salían para el servicio de provisiones, quién roncaba hasta las once de la mañana, quién se levantaba á las tres de la noche, quién regresaba al hogar doméstico á punta de alba en cuanto había terminado la ronda. Los asistentes venían á buscar la comida para los oficiales de servicio; los zapadores, á traer las órdenes del día; los vendedores ambulantes, á dejar las verduras y legumbres junto á la puerta; los fruteros, á tirar las naranjas al través de las ventanas; los músicos, á cantar y tocar debajo de los balcones, y así todo lo demás, y ayúdeme usted á pensar... si es que pensar se puede. Como las ventanas no estaban á dos metros de la calle, cuando no podía salirse por la puerta se salía por la ventana; la puerta de la calle estaba siempre de par en par, y los perros se entraban en ella como Pedro por su casa. Allí no había momento de reposo y quietud. Los siete soldados se divertían sacudiendo al par los siete capotes de los respectivos oficiales, metiendo con ello tan desusado estrépito que las gentes se paraban en mitad de la calle. Desde ésta se oían distintamente todos los rumores del interior, y hasta las conversaciones que sosteníamos en voz baja. Como si esto fuese poco, uno de los siete alquiló un piano y dos se pasaban tirando el sable con palos, cuantas horas permanecían en casa. Ésta, para colmo de males, era tan extraordinariamente armónica, que como de noche se sonara uno las narices, resonaba el ruido en todos los aposentos, de cada uno de los cuales salían doscientas mil maldiciones. En la pieza destinada á comedor llovía. Prescindiendo de esto, de

lo maltrecho de los escasos muebles, y de lo raído de los papeles que hechos jirones cubrían las paredes, se estaba allí tan ricamente.

Hasta la mesa iba como por arte de encantamiento, siquiera fuese el cocinero hijo de un boticario, según llegamos á descubrir al cabo de dos meses. Uno de nosotros había tomado á su cargo la alta dirección de la despensa y de la cocina. ¡Pobre director! El primer día, lo recordaré mientras viva, lo fué para él de desencanto y amargura. Llamábase Maglietti; era piamontés; bravo muchacho, sobrio, ordenado, administrador excelente, económico, sin tener nada de avaro. Al asumir la dirección había echado sus cuentas, y frotándose las manos satisfecho nos había dicho: —Dejadme hacer, viviremos perfectamente y gastaremos muy poco, casi nada.— Pero al proceder de esta suerte había graduado el gasto contando por su estómago, pero no por el nuestro. La vez primera que nos sentamos á la mesa después de un paseo militar, fué tanto lo que devoramos que quedó aterrado. Cuando todo parecía concluído, uno de nosotros se fué á la cocina, hizo una ensalada con cuantas hojas de rabanillos encontró en ella, y todos comenzamos á tragar como buitres, dándose cuenta con ello de un kilogramo y medio de pan. El pobre Maglietti estaba desesperado, le daban casi ganas de llorar; fuése á la cocina y volviendo con un puñado de fideos crudos, echólos despechado sobre la mesa, diciendo: —¡Comed hasta reventar! Lo que es yo renuncio á la dirección. Creía tener que habérmelas con oficiales, no con lobos hambrientos.— Nosotros nos reíamos á más no poder, y nos vimos y deseamos para conseguir que se calmara y siguiera en el desempeño de tan elevado ministerio.

Después de este «incidente,» marchó todo á las mil maravillas. Nuestra conversación en la mesa constituía un verdadero pasatiempo hasta para aquellos que cruzaban por la calle. Con el desparpajo y la potencia vocal de muchachos de

veinte años, se discutían todas las tardes todas las cuestiones imaginables, desde los más difíciles problemas de balística, hasta la inmortalidad del alma, de la ordenanza militar, hasta la música del porvenir; salpicando los discursos de pensamientos magníficos, de cavilaciones de leguleyo casuista, á gritos, á puñetazos, echando mano del almirez, que no parecía sino que nos hallábamos dentro del vagón-proyectil de Julio Verne, cuando Miguel Ardan dejó abierto el depósito del oxígeno. La verdad es que á falta de oxígeno disponíamos del vinillo de Sicilia que producía sus naturales efectos. A lo mejor dos de los comensales se trataban con demasiada dureza, y querían llevar la cuestión al terreno de las armas: —¡Mañana! —¡Esta tarde! —¡Inmediatamente, allí mismo, entre uno y otro plato! —¡Vamos! —y se levantaban para ir á empuñar los sables, pero debidamente rogados lo dejaban para después de la comida, y al llegar á los postres se habían reconciliado. No es esto decir que no faltara uno que otro simulacro de duelo, fuera de casa, y para acostumbrarse, y aún algún sablazo insignificante; pero todo se arreglaba en la mesa en medio de la acostumbrada gritería. Poco á poco adquirimos todos la costumbre de recibir las pullas, sin incomodarnos por ellas, cual cumple á personas bien educadas, excepción hecha de uno llamado Cerraghi, lombardo, alto, grueso, buen muchacho y un si es no es irascible. Pero esta misma circunstancia le comunicaba no poca amenidad. Su manía era la historia, y especialmente la historia moderna de Europa: no leía otra cosa; no hablaba de otra cosa, y recordaba hechos, nombres y fechas con una exactitud prodigiosa, y se ponía hecho una fiera cuando oía un despropósito, siquiera no se pasara un día sin tomar la resolución solemne, sacudiendo puñetazos sobre la mesa, de dejarnos disparatar á troche y moche, sin hacer la oposición más insignificante. Por nuestra parte nos divertíamos provocándole sin que se diera cuenta de ello.

—¿Has visto, —decía, por ejemplo, uno de nosotros al que tenía delante, —has visto en la litografía tal la magnífica estampa que tiene expuesta, que representa á Felipe II en la batalla de Pavía?

El pobre Cerraghi daba un salto en la silla, y permanecía mudo.

—Pues, chico, es menester verla, —continuaba el otro. —Es una obra maestra. Todo respira en ella color local: no parece sino que vive uno en pleno siglo décimocuarto.

—¡No digas disparates! —interrumpía otro siguiendo la broma. —¡La batalla de Pavía en el siglo décimocuarto! Se ve que no estás muy fuerte en historia. Confundes aquella batalla con la de Legnano.

El pobre Cerraghi, que durante el diálogo había estado tragando bilis, estallaba como una bomba, y soltaba el trapo, diciendo:

—¡Bestias! ¡Borricos! ¡Animales!

Y sus palabras eran acogidas con una carcajada general que hacía retemblar los cristales de las ventanas.

Otro tipo digno de estudio era Boccetti, guapo, elegante, un tantico vano, pero bonísimo como el que más, que de la noche á la mañana gesticulaba para poner de manifiesto los lustrosos puños de su camisa, singularmente á las horas de comer, y nosotros para darle en la cabeza, le imitábamos, compitiendo en ponerlos de manifiesto, tanto que en ocasiones se dió el caso de comer los siete con los brazos desnudos y las mangas vueltas hasta el codo como los aldeanos, y no contentos con esto, llegamos al extremo de quitarnos los puños al sentarnos á la mesa, dejándolos al lado del plato respectivo para que los demás pudieran contemplarlos á su sabor. Tenía Boccetti la pretensión de pasar por un *conquistador* de primera fuerza, rodeando sus *conquistas* de profundo misterio: tenía muy buen gusto, y siempre apuntaba á lo alto: á los blasones. Hacía un mes que estábamos allí, y hablaba ya de

tres ó cuatro marquesas y de otras tantas condesas, de las cuales no había para qué hablar en la mesa si no queríamos faltar á todas las conveniencias sociales y herir su delicadeza y susceptibilidad. Lo bueno es que el muy taimado si á mano viene no las conocía ni de vista. No pasaba día sin que hablara de una nueva.

—¿Viste anoche en el teatro, —decía uno al que tenía al lado, —á la condesa tal?

—¡Vaya si la ví! ¡Hermosa mujer! ¡Qué encantos los de aquel rostro divino! ¡La mitad de la existencia daría para besarle la punta!...

—¡Hombre! —decía Boccetti, formalizándose de repente. —¿Quieres hacerme el favor de cambiar de conversación?

—¡Calle! ¿también respecto de ésta deberemos callarnos?

—Te lo pido por favor.

—Si es para complacerte... mudemos de bisiesto.

Y á esto sucedían las risas disimuladas que decían más que las manifiestas. En cuanto á Boccetti, que era un verdadero farsante, antes de entrar á casa para comer, rozaba de propósito la espalda contra la pared, para hacernos creer que se había manchado el uniforme dejando paso á una ilustre dama que encontrara en lo más estrecho de una escalera, en ocasión en que iba á visitar á una señora de cuya casa bajaba él, y en cuanto oía pasar un coche por la calle en tanto comíamos dejaba el asiento, y se asomaba á la ventana, nada más que para escupir, decíamos nosotros, y luego volvía á la mesa, radiante de satisfacción, relamiéndose de gusto.

El que en la mesa se sentaba á su lado, tenía la pasión de hacerse el gran señor. Había nacido para esto, lo tenía en la médula de los huesos. Manirroto por naturaleza, ya que no pudiera derrochar como quisiera, se las componía como podía: para encender un cigarrillo gastaba cuatro fósforos, de los de á real la caja, recios como cirios; dejaba consumir toda la bujía; daba dos reales de propina por un

vaso de cerveza, y con ademán de príncipe enojado, le echaba por la ventana un par de pesetas á un músico callejero que le atacaba los nervios. ¡Pobre Caragnetti! Gastaba la mitad de la paga, como decía, en gastos de representación. Y me lo decía ingenuamente: —Has de comprender que esto y más se necesita para mantener el decoro —Y para mantener su decoro jugaba como un condenado á naipes, al billar, al ajedrez, al dominó, á la lotería, con quien y donde podía, á todas horas y en todas las ocasiones, hasta que no le quedaba un céntimo en el bolsillo; y entonces encendía el cigarro con todos los fósforos de una caja, y en cuanto llegaba á casa, decía formalmente, al parecer, que iba á ahorcarse con su propia faja, lo cual significaba: —Prestadme veinte pesetas. —Tenía además un estribillo singular, que no se le caía de la boca, y nos hacía mucha gracia, por lo mismo que viniera ó no á pelo lo aplicaba en toda ocasión. Este estribillo, que nunca pudimos saber cómo lo había adquirido, y que lo empleaba á maravilla para todos los casos, era la palabra *Cíclope*. Hablaba, por ejemplo, del coronel, y decía: —Esta mañana el Cíclope estaba de perverso humor. —Llamaba al asistente: —¡Hola, tú, Cíclope! —Aparecía una cuarta botella. —Perfectamente: un cuarto Cíclope. —Y esto con la mayor seriedad. Preguntábasele el por qué de aquella palabra, y respondía: —¡Qué sé yo! Se me viene á la boca naturalmente. Me place, es muy expresiva, cada cual tiene sus gustos. —Y chupaba voluptuosamente el cigarro... el Cíclope.

Generalmente después de comer el pianista se sentaba al piano, y los demás ayudábamos la digestión, improvisando un bailecillo, remedando cada uno la manera de bailar de nuestra... ¿cómo lo diré? un francés diría, *inclinación*. (Me gusta; pero me parece que sería más galante la palabra opuesta). Pero el pianista aquel era un pícaro de una fuerza tal, que no lo dejaba en cuanto había empezado. Nunca la pasión por la música anidó en cabeza más desarmónica. Oyén-

dole tocar, dijérase que saltaba con armas y bagajes sobre el teclado: aquello no era tañer, era aporrear el piano á martillazo limpio. Y con todo esto tenía la manía de componer, y hablaba de armonía, y de contrapunto, y buscaba un libretto, y entre otros asuntos de su predilección, hablaba de poner en música el *Orlando furioso*, en cuya obra, según decía, estaba trabajando hacía más de tres años. Un día se trajo á casa á un maestro de música para preguntarle su opinión respecto de una mazurca, y por toda contestación, torciendo el gesto, echóse entre pecho y espalda una copa de cognac. No hay para qué decir la matraca que le dimos con tal motivo. Pero él, imperterritito, seguía componiendo y machacando en cuanto se le ofrecía ocasión para ello; cantando sus romanzas con una voz de gallo constipado que espeluznaba, tanto que una noche que quiso arrullar nuestro sueño con la *Casta diva*, llovióle encima tal diluvio de botas, zapatos y zapatillas, que al otro día apareció la sala completamente alfombrada de cuero.

Pero el mejor de todos, y al propio tiempo el más mala cabeza de la compañía, era un chico de la provincia romana, llamado Mazzoni, de formas gigantescas, que cuando se sentaba á la mesa, y con voz profunda que parecía salir de las entrañas de la tierra, decía: —¡Tengo hambre! — hacía estremecer de pies á cabeza al administrador de nuestro patrimonio. La verdad es que su apetito fenomenal sólo puede compararse al de un tocador de trombón después de un concierto de siete horas, al de un esquimal después de una caza de focas, ó al de un león que no hubiese comido en tres días. Aquello no era comer, aquello era una devastación, una «requisición» llevada á cabo por un escuadrón de caballería, un saqueo completo, y no hay nada que pueda dar idea del furor con que limpiaba la mesa aquel maldito, como decía Nevi Tanfucio. En tanto comía, no hablaba palabra: en cambio fuera de la mesa, nos divertía grandemente con su caudal inagotable de bromas y travesuras, para lo cual tenía una inventiva